XII

La víbora en el seno

Al llegar á México, mi padre se espantó de la palidez de mi pobre madre: le dijimos que había estado muy enferma, y quedó convencido.

Me parecía una iniquidad engañar á mi padre; pero ¿qué había de hacer?

Era necesario, indispensable, que don Celso no siguiera viviendo bajo el mismo techo que mi madre: yo lo conocía y ella también. A pesar de todo, mi madre le amaba, le amaba con delirio: jamás me lo había confesado, pero yo lo había descubierto en sus palabras, en su turbación, en frases que había escuchado, sin querer, durante su sueño.

No podía ya dudarlo, le amaba mi madre: se había casado sin amar á mi padre; no había estado enamorada

jamás; y aquel hombre, que había entrado en nuestra familia como una maldición, era su primer amor; y este primer amor, en la edad madura, debía ser una pasión terrible, y lo fué.

Despedir yo á don Celso de la casa, era imposible; avisar á mi padre también. Mi madre, volviendo á su lado, había vuelto á caer en aquella fascinación, y el peligro de que acababa de salvarse se repetiría, y entonces cualquiera ayuda que yo la prestara sería una complicidad culpable en aquellos amores que yo maldecía.

Me ocurrió un medio.

Hice á mi marido que le diera á don Celso una colocación en el almacén, con un buen sueldo, pero con la obligación de vivir en nuestra casa: don Celso admitió.

De esta manera logré sacarle de la casa de mi padre, y traerle adonde, por consideración á mí, no podría mi madre verle. Ella lo comprendió: conocí que me lo agradecía y la creí salvada.

Don Celso entró al servicio de mi marido: se le destinó una pieza en nuestra casa, y por consideración á mi padre, de quien aparecía como el protegido, comía en la mesa con nosotros.

En poco tiempo, con su exactitud, su dedicación al trabajo y sus maneras respetuosas, ganó completamente el cariño y la confianza de Mondragón.

También yo, por mi parte, comenzaba ya á no verle

con tanta repugnancia, y á encontrar disculpable su conducta. La hermosura de mi madre, la ocasión de encontrarse siempre reunidos, y casi siempre solos; en fin, su juventud y la fuerza de una pasión que no había podido dominar, le hacían ya á mis ojos menos culpable y más bien digno de lástima.

Yo nunca había tenido una pasión.

¡Debían ser tan terribles las pasiones!

Las relaciones con mi madre se habían cortado. Muy raras veces se veían, y casi siempre delante de mí: comprendía yo que evitaban las ocasiones de hablarse á solas: tenían el propósito sin duda de apagar aquel fuego mal extinguido, y yo procuraba ayudarlos en aquella honrada determinación.

Sin embargo, alguna vez observé que la vieja criada de mi casa venía como á excusas y hablaba con don Celso; traía y llevaba cartas ó recados: eran los restos de aquel amor, y habría sido mucho exigir el haber querido extinguirlo de un golpe, y por eso no me alarmé.

Un asunto importante de minas llevó por aquellos días á mi marido á Guanajuato, y dejó sus negocios y su familia encomendados á don Celso.

Al otro día de su salida, en la tarde, don Celso entró á mi recámara: jamás había entrado allí, y extrañé su visita.

—Buenas tardes, Matilde, me dijo.

—Buenas tardes, le contesté con sequedad: ¿qué quería usted?

—Venía á hablar con usted de un negocio que nos interesa.

—Bien, le dije, hable usted.

—Matilde, estoy cansado, fastidiado de los amores de su mamá de usted.

Dí un salto como si hubiera pisado una víbora. Aquel cinismo me espantó, aquella era una falta de respeto infame.

—¡Don Celso! dije irritada.

—No, no hay que alarmarse, contestó fríamente, escúcheme usted hasta el fin.

—¡No quiero, salga usted de aquí!

—¡Oh! eso no es tan fácil: tenemos que hablar.

—¡Salga usted, se lo mando!

—¡Hola! usted se enfurece: no tenga usted prisa, yo saldré; pero será cuando usted esté más mansa que un cordero.

La sangre me ahogaba. El se paró, cerró con llave las puertas, y luego se sentó á mi lado: yo le miraba, asombrada de su audacia.

—Matilde, me dijo con una voz cavernosa, yo te amo.

Creí morirme de espanto y de indignación. Quise levantarme, salir; pero él me detuvo violentamente.

. . yo saldré, pero será cuando usted esté más mansa que un cordero...

—Don Celso, contesté, ¿y se atreve usted á decírmelo? ¡Es usted un infame!

—Te amo, y es fuerza que seas mía. Mira, continuó con creciente excitación y oprimiendo mi mano hasta causarme dolor, mira, por poseer tu amor, porque seas mía, soy capaz de todo: ¿lo oyes? ¡de todo! Dime, ¿me amarás? ¿serás mía?

—¡Nunca, monstruo, nunca! ¡sal de aquí, te abomino, te detesto!...

Y hacía yo esfuerzos por levantarme.

—Pues óyeme, óyeme bien: ¿ves estos papeles? Son las cartas de tu madre en que me dice que me ama, en que me recuerda nuestros días de placer, nuestros juramentos; en que me habla de *nuestra hija*, ¿lo entiendes? de nuestra hija, de esa hija cuyo nacimiento conoces tú y en que has ayudado á engañar á tu mismo padre.

—¿Y bien? pregunté, comprendiendo casi lo que me iba á decir.

—Que todas estas cartas las enviaré á tu padre, si tú no consientes en ser mía; que tu padre morirá del dolor y de la vergüenza, y que tú deshonrarás á tu familia.

—Pero mi madre comprenderá que no podía yo hacer otra cosa...

—Te engañas, porque yo tengo en mi poder una carta tuya que le escribiste á tu padre, enviándole un reloj para que regalase á su esposa. Mira, dice así: «Querido padre:

envío á usted eso para que pueda dar una grata sorpresa á mi madre. MATILDE.» Se te olvidó la fecha, bueno; pues esta carta irá con las otras al autor de tus días; ¡verás qué divertido! creerán todos que has denunciado á tu misma madre, á la que yo tendré cuidado de escribir hoy mismo, previniéndole que tú, despechada, furiosa, porque tienes amores conmigo, has descubierto que nuestras relaciones no habían cesado, como yo te prometí, robado sus cartas y se las mandas á su marido.

—¡Pero esto es espantoso!

—Además, tendré cuidado de escribir á tu esposo, pidiéndole perdón por haber condescendido contigo, entrando á esta casa adonde me trajiste, engañándole, para vivir á mi lado con más libertad, y contándole lo de las cartas de tu madre, como prueba de todo; y al otro día me largo fuera de México, y buenas noches.

—¡Dios mío! ¡Dios mío! ¡esto es horroroso, horroroso! decía yo llorando.

—Conque, tortolita amorosa, ¿te decides á ser mía? ¡Mira qué cuadro! Tu padre muere del dolor; tu marido te lanza ignominiosamente de su casa; tu madre te maldice: ¿qué te parece?

—¡Oh, don Celso! dije cayendo de rodillas á sus pies: usted no hará esto, ¿no es verdad? usted no lo hará; ¡eso sería infame! ¡Por Dios! ¿usted no tuvo una madre? ¿no la tiene aún? ¡Por ella, por su memoria, por lo que más ame en el mundo, no hará usted eso!

Y besaba sus manos y abrazaba sus rodillas, y lloraba y me revolcaba en el suelo.

—¡Si usted me ama, no querrá hacerme desgraciada!... ¡Matar á mi padre, deshonrar á mi marido y á mi madre!.. No... usted no lo hará, ¿es verdad?

—Matilde, no creas que me mueva tu llanto, como no me movieron tus amenazas. ¿No te dije que pronto estarías mansa como un cordero? Matilde, ¿consientes en ser mía?

—Don Celso, don Celso, ¿no teme usted que un rayo caiga sobre su cabeza?... ¿No teme usted á Dios?... ¿No teme usted á una mujer desesperada?... ¡Oh! ¡jamás, jamás!

—Pues oye: aún quiero ser generoso contigo, y te doy de plazo seis horas. A las diez de la noche todo el mundo duerme en esta casa: vendré aquí á tu recámara: si la puerta se abre, nada tendrás ya que temer; pero si insistes en no acceder á mi amor, si te niegas á ser mía, si esta puerta está cerrada esta noche á las diez para mí, mañana México tiene por alimento de conversación uno de los mayores escándalos del siglo, y yo iré muy lejos de la capital: conque hasta la noche.

—¡Ah! dijo: por si algún mal pensamiento surge en tu cerebro, te advierto que voy á depositar en este momento todas las cartas de que te he hablado; y si algo me sucediere, serán remitidas á sus títulos. Hasta la noche.

Don Celso salió, y yo quedé como anonadada.

. . . . . .

Al día siguiente, cuando llamaron para el almuerzo, don Celso subió radiante de alegría; yo, pálida y demudada, no me atreví á alzar los ojos para mirarle.

Las cartas no fueron á su destino.

La víbora había mordido por segunda vez el seno de su bienhechor.

XIII

Hasta el abismo

Don Celso siguió abusando de la posición en que me había colocado la desgracia, y pronto conocí que iba á ser madre.

Era un nuevo eslabón de la infernal cadena que me unía con aquel hombre.

La ausencia de mi marido se prolongaba: hacía seis meses que había salido de México, y yo no sabía qué hacer: apenas podía ya ocultar mi estado, y no tenía con quién comunicarme sino con don Celso.

A mi madre jamás le habría dicho nada: su pasión por aquel hombre era cada día más vehemente, y conocí que había llegado á tener celos de mí, pero celos horribles, celos de madre á hija en una pasión tan criminal.